

“¡Tiemble ya el homicida! yo he jurado  
Por mi cetro real, por mi gran nombre,  
Confundir al vestiglo entronizado,  
Y restituir á su grandeza el hombre:  
Tan noblemente éste será vengado,  
Que de sí mismo el déspota se asombre  
Al ver trocarse en luto sus victorias,  
Y en eterno baldón todas sus glorias.

“El llanto de la humana descendencia,  
Sus gemidos, sus ayes han subido  
Hasta mi trono, haciéndome violencia;  
Su humilde postración ya me ha vencido;  
Hoy reconoce su letal dolencia  
El mísero mortal, está rendido  
Su antiguo orgullo, ya abatió su frente,  
Y clama á su Creador en voz doliente.

“Quebrantaré yo mismo sus prisiones,  
Y en mil astillas romperé ese yugo  
Que han cargado ya mil generaciones;  
Yo arrojaré á la faz del cruel verdugo  
Los férreos ponderosos eslabones  
De esas cadenas que fraguar le plugo;  
Arrancaré al tirano sus trofeos,  
Reyes serán los que azotó cual reos.

“Pero ¡ah! ¿cómo salvar la estirpe humana,  
Al ser mezquino, al átomo de un día  
Que ultrajó mi diadema soberana,  
Que contra mí, con pérfida osadía,  
De su existencia en la primer mañana,  
El grito levantó de rebeldía?  
Llegó ese grito á mi encumbrado trono,  
Armó mi brazo, provocó mi encono.

“¡Suenan aún esa voz en mis oídos!  
Mi augusta Majestad clama venganza,  
Claman mis atributos deprimidos  
En la que el hombre holló plácida alianza:  
¿Serán aún mis rayos reprimidos?  
¿Dormirá desarmada mi venganza?  
¿Impune ha de quedar el temerario?  
¡Que el reo se castigue es necesario!

“Sí, ¡castíguese al reo! sobre su frente  
Caiga de maldición el anatema:  
Mas triunfe sobre el mismo delincuente  
Mi omnipotencia, mi bondad Suprema.  
Ese castigo *atroz*, enorme, ingente,  
Será del hombre la salud extrema;  
Será el mismo apogeo de mi indulgencia,  
La mayor expansión de mi clemencia.



“El hombre vivirá.... Pero inmolada  
Será de mi deidad en los altares  
Una víctima santa, inmaculada,  
Más grande que las tierras y los mares,  
Más que el empíreo altísimo encumbrada:  
Esta, dejando los eternos lares,  
Los fúlgidos palacios soberanos,  
A confundirse irá con los humanos.

“Tomará una inferior naturaleza  
Para esconder en ella sus fulgores,  
Del trono bajará de su grandeza  
A rendirme humillada los honores  
Que el hombre defraudara á mi grandeza  
Y el rayo interceptar de mis furores.  
Sí: vuestro Dios, el mismo Omnipotente  
Ha de ser esa víctima inocente.”

Calló el Supremo Padre; retemblaron  
Del Olimpo las cúspides erguidas,  
Y sus fuertes columnas se cimbraron;  
Por un santo pavor sobrecogidas,  
Las escuadras alígeras cruzaron  
Sobre el rostro las alas encendidas;  
Pasmáronse los altos querubines,  
Se enrojecieron más los serafines.

¡Genios del alto empíreo, inmateriales  
Fúlgidas Mentes que bebéis la ciencia  
En los mismos eternos manantiales,  
Y os engolfáis en la divina Esencia!  
A mi labio acercad esos raudales;  
Dadme aliento vital en mi impotencia:  
Pues la voz ya en mi pecho languidece,  
Y el vigor de mi mente desfallece.

Ya en este grande drama que medito  
Traspasé con mi vuelo las esferas,  
Yameencuentroenloinmenso, en lo infinito,  
Sin relación, ni espacio, ni barreras;  
La eternidad me atruena con su grito,  
El vértigo me envuelve, esas lumbreras  
Mi vista embotan: pero amor me empuja,  
Aunque mi lira triturada cruja.

Del Padre aún la voz repercutía,  
Cuando su augusto Verbo, el Engendrado  
De su gran mente en el eterno día,  
Por quien del cáos surgió todo lo creado,  
De vida rebosando y alegría;  
Se hubo de su alto trono levantado,  
Y así con dulce acento y gran mesura  
Habló al Sumo Monarca de la altura:



“Padre, Padre amantísimo, que viste  
Condolido, del hombre los dolores,  
Y una divina víctima escogiste  
Quien te vuelva humillada los honores  
Que el hombre te usurpó, y ahora triste  
Lleva doquier tus dardos vengadores;  
Dígnate que la causa yo reciba  
Del ser humano, y para siempre él viva.

“Dígnate descargar en mi cabeza  
Del antiguo delito el peso enorme;  
Y que yo mismo rinda á tu grandeza  
Una expiación á esa maldad conforme,  
Y se eleve á su prístina nobleza  
La real estirpe, y toda se transforme:  
Cayó, sí, moribunda, agonizante,  
Pero en los brazos de su Padre amante.

“Cuando al mundo de su eje suspendías,  
Y á tu voz las esferas se ensanchaban,  
Cuando astros á millares encendías  
Que la celeste bóveda esmaltaban,  
Cuando al piélagos hirviente reprimías,  
Y en arenas sus iras se estrellaban,  
Cuando, en fin, palpitando placentera  
Se levantaba la creación entera:

“Yo de todo lo creado acá en mi mente  
Había forjado el idéal grandioso;  
Yo fuí el Artista de esa obra ingente,  
De ese inmenso edificio tan hermoso  
Que levantó tu brazo omnipotente.  
Mas todo ese conjunto armonioso,  
Con toda su belleza peregrina,  
Hoy yace envuelto en la más grande ruina.

“Cayó el hombre en quien toda la natura  
Grabara un noble, rutilante lema,  
En él reconcentrando su hermosura;  
Y en su fatal caída, en su anatema  
Precipitó la mundanal creatura,  
Y la hundió en ruina y abyección extrema:  
A mí, por tanto, el reparar incumbe  
De la creación el mísero derrumbe.

“Es el hombre una imágen, un reflejo,  
Un lampo de la Increada Inteligencia,  
Yo proyecto mi luz en ese espejo,  
Los nítidos destellos de mi ciencia:  
Mas ya no es esa imágen ni un bosquejo  
De su antigua belleza y transparencia;  
Informe, obscura toda, envilecida,  
Hoy la miro á una sombra reducida.



“A mí atañe, por tanto, sus fulgores,  
Su prístina nobleza restituirle,  
Y, todos reanimando sus colores,  
De nueva vida y de vigor henchirle:  
Quiero de ricas galas y primores  
Con tan raro artificio revestirle,  
Que hermosa, como nunca, resplandezca,  
Y aun su antiguo linaje se obscurezca.

“Tú, oh Padre, en tu clemencia te has mo-  
(vido  
A extraer del abismo á los mortales,  
Y, (tu grandioso plan ya reasumido)  
Abrir del Sumo Bien los manantiales  
Al hombre, á quien estaba prometido  
Un torrente de goces eternos  
Que su espíritu férvido inundara,  
Y en la divina Esencia lo engolfara.

“Yo, tu mismo Unigénito, tu Increada  
Inteligencia, tu fecunda Mente  
Tomaré esta misión; yo á la desviada  
Humanidad mi luz indeficiente  
Mandaré, y de la patria bienhadada  
La pondré en posesión eternamente;  
Y haré que el adoptivo, ya heredero,  
Sea de tu Hijo el eterno compañero.

“Burlado el hombre, escarnecido un día  
Fué por su astuto, pérfido contrario;  
Quedó envuelto en caligine sombría  
El mismo que el altísimo santuario  
Escalar de la ciencia pretendía:  
Pues yo, á despecho de ese su adversario,  
Haré que esa magnífica promesa  
Se vea cumplida en toda su grandeza.

“Descubriré la sima más profunda  
De la ciencia eternal á los humanos,  
Cuando, ya rota la carnal coyunda,  
De su dicha penetren los arcanos;  
Esos conatos que el mortal secunda  
En pos de la verdad, no serán vanos;  
Yo haré que él se transforme en lumbre viva,  
Y del saber la plenitud reciba.

“Tú exiges que esa víctima tan pura  
Que ha de borrar del crimen las señales,  
Vaya á enlazarse á una inferior natura,  
Y allí esconda sus rayos celestiales:  
Pues yo escogí la racional creatura,  
Son mi amor, mis delicias los mortales;  
Al hombre quiero íntimamente unirme,  
Y con él para siempre confundirme.



“Yo, penetrando en la natura humana,  
En ella anonadado enteramente,  
Esconderé mi forma soberana  
Y la divina aureola de mi frente:  
Mas ella en cambio, espléndida y ufana,  
Medrando con vigor indeficiente,  
Subirá sobre el sol y las estrellas,  
Y doquier dejará fúlgidas huellas.

“Quede yo desde entonces constituido  
En Pontífice eterno y medianero;  
Y el hombre, á mi contacto ya encendido,  
Sea de la eterna luz el reverbero:  
Pues él se halla en el centro suspendido  
De la creación, del Universo entero;  
Y reformando en él toda creatura,  
Surgirá á nueva vida la natura”

Habló el Verbo divino; despedía  
Vivísimos destellos su mirada,  
Y, por el grande amor que en Él ardía,  
Era toda su faz ascua inflamada,  
Y al gran Monarca con ardor pedía  
Esa noble misión, tan suspirada  
De redimir al mundo delincuente;  
Respondióle el gran Padre Omniponte:

“¡Hijo augusto, en quien todas he tenido  
Mis eternas delicias inefables!  
Ya que en el hombre frágil has vertido  
Tus caudales de amor inagotables,  
Y á lástima tan grande te han movido  
De Adán los descendientes miserables;  
Tú seas su *Redentor*, sean por tí mismo  
Arrancados del fondo del abismo.

“Tú seas el vengador del ser humano,  
El que ha de restituirlo á su nobleza:  
Mas oye mi decreto soberano.  
Sentirás de mis iras la crudeza,  
El peso abrumador de mi gran mano  
Al arrostrar tan ponderosa empresa;  
Entre inmensos tormentos y dolores  
Lucharás con mi saña y mis furores.

“Al cubrirte la lútea vestidura,  
El barro vil, la criminal librea,  
Apurarás un cáliz de amargura  
Que hasta los bordes espumoso ondea,  
Nunca gustado por mortal creatura:  
En un rincón obscuro de Judea  
Pasarás luengos años ignorado,  
Y con el mismo vulgo nivelado.



“Del dolor arrollándote el torrente,  
Te ha de arrastrar al piélago profundo,  
Nunca sondeable, de tu amor ingente:  
Pero yo entonces, rígido, iracundo,  
Desatando mi saña omnipotente;  
Haré hervir un oleaje furibundo  
En ese amargo océano, que entre brumas  
Se agitará, rompiéndose en espumas.

“Bramará más y más enfurecido,  
Aguijaré yo mismo su braveza;  
Y del trueno entre el hórrido rugido,  
Entre tiniebla impenetrable, espesa,  
Un rayo, de mi diestra desprendido,  
Irá fiero á chocar con tu cabeza,  
Y hará estallar la efímera barquilla,  
Que te dió abrigo en su mortal arcilla.

“Y tú, náufrago ya, desamparado  
Aun de tu mismo Padre, que inflexible  
Te cerrará su pecho, tan deseado;  
Te hundirás, de su cólera terrible  
En el profundo abismo derribado;  
Caerás bajo el poder irresistible  
De la muerte feroz, que jactanciosa  
Te extenderá su garra poderosa.

“Un enorme madero, áspero, rudo,  
Veo todo de tu sangre ya inundarse,  
Y en el suplicio más infame y crudo  
Tu adolorido cuerpo desmembrarse.  
El orbe te verá, de espanto mudo,  
Y de tu sangre aún no podrá hartarse  
El hórrido sayón, que en tu agonía  
Te insultará con pertinaz porfía.

“De ese tu amor inmenso, de esa hoguera  
Esparcirás la abrasadora llama  
Capaz de consumir la vasta esfera:  
Mas verás que insensible aun no te ama  
La estirpe en que tu sangre se embebiera;  
Verás que ciega, á la creatura aclama:  
Muchos con mente y corazón avieso  
Pagarán de tu amor el grande exceso;

“Y aun otros osarán escarnecerte  
El trasunto al oír de tus amores,  
Y pérfidos de nuevo suspenderte  
En el suplicio cruel de tus dolores,  
Y en nuevas ignominias envolverte;  
Otros, de noche espesa en los horrores  
Vivirán sepultados, y á su oído,  
Ni aun de tu nombre llegará el sonido.”



Resonaron con lúgubre cadencia  
Estas voces del Padre Omnipotente;  
Mas, de su amor siguiendo la vehemencia,  
Habló el amante Verbo nuevamente  
Del Padre Sempiterno en la presencia:  
“Nada ¡oh! Padre me arredra; firmemente  
A costa de suplicios inauditos  
La vida quiero dar á los prescitos.

“Sé que la herencia del mortal mezquino  
La mía será también, amarga tanto,  
Y como él, desterrado, peregrino,  
En el torrente beberé del llanto;  
Nada de esto se opone á mi camino:  
Del dolor el estigma y del quebranto  
Será un sensible vínculo inviolable  
Que más me estreche al hombre miserable.

“Me cubrirá la misma vestidura  
Del lánguido mortal; rota y ajada;  
Su misma asumiré frágil natura  
Que podrá por su mano ser palpada:  
Y atónito él entónces, con ternura  
(Al ver en mí su imagen fiel grabada),  
Me llamará su hermano y semejante,  
Su fiel amigo y compasivo amante.

“Ya ansío por recorrer ese sendero  
De agujones y espinas erizado,  
El mismo que al humano pasajero  
Las plantas sin piedad ha lacerado;  
Esas espinas despuntar yo quiero,  
Aunque todo me dejen desangrado;  
El dolor en mí ensaye su inclemencia,  
Y alivie yo del hombre la dolencia.

“Yo como su adalid, iré delante  
Valor para infundirle y ardimiento,  
Y pueda él afrontar, siempre constante,  
Su terrible adversario, *el sufrimiento*,  
Y aun llamarlo su amigo y fiel amante,  
Y en él hallar sus goces y contento:  
Esta sea la corona más valiosa  
Con que él ciña su frente victoriosa.

“La misma muerte, armada de terrores,  
Será ya por el hombre escarnecida;  
En vano de amenazas y furores  
Se rodeará la indómita homicida:  
Yo embotaré sus dardos matadores,  
Toda yo apuraré su hiel temida,  
Para que él pueda á tan adusto ceño  
Al fin rendirse como á un dulce sueño.



“Mas contra mí, sedienta de venganza,  
Se arrojará terrible á desafiarme;  
Toda ejerciendo su feroz pujanza,  
Vendrá con fuerte brazo á sujetarme,  
Y en un áspero tronco, sin tardanza,  
Osará finalmente levantarme;  
Y allí enclavado, en medio de ladrones,  
Me hartará de ignominias y baldones.

“Ella mi sangre verterá á torrentes,  
Y aglomerando herida sobre herida,  
Empezará con notas insolentes  
A cantar su victoria fementida.  
Estrofas de dolor, notas ardientes  
Romperán de mi boca enardecida;  
Y en Tí buscando con ferviente anhelo  
En mi íntimo dolor algun consuelo:

“Un espanto glacial, terror profundo  
Sacudirá mi pecho desolado  
Al ver tu rostro rígido, iracundo:  
¡Pero entonces, oh Padre, habré triunfado!  
Trofeo será de mi victoria el mundo;  
Ya la grande expiación se ha consumado;  
Ya tu Hijo, hundido en la abyección extrema,  
Rindió á tu gloria la ovación suprema.

“Será entonces clavada en el madero  
Esa misma cruel muerte inexorable,  
Y, restituido ya el violado fuero,  
El hombre, de este reino inmensurable  
Volverá á ser legítimo heredero:  
Sea mi amor por el suyo permutable;  
Y aunque solo derroque un pecho humano,  
Nunca tanto sufrir tendré por vano.

“Mándame pues, ¡oh Padre! sea cumplido  
El gran plan que tu mente concibiera;  
Ya de Adán el linaje desvalido  
Impaciente, frenético me espera;  
Más y más se hace oír hondo gemido,  
Va á derramar su lágrima postrera:  
Yo atenderé con un profundo acato  
La más leve señal de tu mandato.”

Vencido está Jehová; su fuerte diestra  
Va á extender sobre el vasto firmamento,  
Y á dar de su poder la grande muestra;  
Ha sonado por fin el gran momento  
De ver cumplida la esperanza nuestra  
Que Él mismo confirmó por juramento:  
Las celestiales jerarquías aladas  
Esperan ese instante alborozadas.



¡Vates de esa Sion, siempre risueña,  
Que cantáis en sus atrios de zafiro!  
Ya mi cítara muda se despeña  
De esas alturas en revuelto giro;  
Mas si fiel vuestra mano no desdeña  
Conducirme á la cima á donde aspiro,  
Podré aún proseguir mi osado vuelo  
Por las cumbres altísimas del cielo.

O vosotros más bien (ya se empobrece  
Mi débil númen) proseguid amables,  
Cantad lo que á mi acento no obedece;  
Repetid esas voces inefables  
Con que el Gran Padre decretó que fuese  
De la tierra á las playas miserables,  
Su Verbo, su Hijo augusto muy amado  
A hacerse igual al hombre desdichado.

Vosotros contemplasteis al Eterno  
Cuando esa gran palabra pronunciaba;  
Cuando empuñando el cetro sempiterno,  
El solemne decreto confirmaba,  
Y las sienes al déspota de Averno  
Para siempre de un golpe quebrantaba;  
Cuando los montes de esa Sion, su cumbre  
Ceñida irguieron de más viva lumbre.

Vosotros lo escuchasteis con espanto  
Cuando á su mismo Espíritu ferviente,  
De recíproco amor Vínculo santo,  
Ordenaba el Gran Padre omnipotente,  
Que á la estirpe de Adán ha amado tanto,  
Formara para su Hijo, atentamente,  
En las entrañas de una Virgen pura,  
Humana perfectísima natura.

A un mísero mortal no es permitido  
Esa voz repetir, voz inefable;  
Ascua viva mis labios no han sentido.  
Creo que tan solo acompañar me es dable,  
Ese júbilo inmenso, indefinido,  
Cuando al oír edicto tan amable,  
Vuestros aplausos férvidos sonaron,  
Y del cielo las aulas atronaron.

Entre toda la excelsa jerarquía  
Con singular belleza descollaba  
El invicto Miguel, quien otro día  
Al caudillo que á Dios se rebelaba,  
Lanzó del Orco á la prisión sombría;  
Y ahora como entonces, empuñaba  
Esa espada flamígera su diestra  
Y el diamantino escudo su siniestra;



Y de un estro impetuoso arrebatado  
Por ese empuje del amor divino,  
Y en tan raras finezas abismado;  
Se levanta hasta el trono diamantino,  
Y al Verbo, al Unigénito increado,  
Himno triunfal, gigante, peregrino  
Entona con un énfasis sublime  
Que lo más noble de ese amor exprime.

Cantó el ínclito Arcángel la grandeza  
Del Hijo eterno, por quien fué extraída  
Toda junta la gran naturaleza  
Del bátrato en que estaba sumergida;  
Por quien radiante de sin par belleza,  
Surgió del hondo cáos, llena de vida,  
A quien sedienta la creación afluye,  
Y en Él siempre su ser reconstituye.

Por cuyo amor, la racional creatura,  
Hasta Dios mismo habría de remontarse  
Y retratar en sí su imagen pura,  
Y todo al Ser Supremo asemejarse;  
Y, dominando la celeste altura,  
En los goces inmensos abismarse  
De su mismo Señor, que sin medida  
Le abrió las fuentes de la eterna vida.

Cantó después con ritmo inimitable  
El bardo del empíreo, la nobleza,  
El esplendor, la gloria imponderable  
De aquella Virgen de sin par belleza  
Que en su púdico seno venerable  
Iniciaría del hombre la grandeza,  
La gran mujer que en el Edén doliente  
Trituró con su planta la serpiente.

Celebra, en fin, con dulce melodía  
El alígero vate, el gran guerrero,  
Aquella Esposa tan fecunda y pía  
Que, preparada con primor y esmero,  
El mismo Eterno Verbo escogería  
Para darle por trono el mundo entero,  
Para que ella á los pueblos y naciones  
De amor transmita los insignes dones.

Mas ya le anunciá una sangrienta guerra  
Que ha de moverle el Erebo terrible  
(Porque ella al hombre los abismos cierra)  
Para hacer su conquista un imposible,  
Y su nombre raer aun de la tierra:  
Pero que ella ha de ser siempre invencible,  
Y siempre hermosa, subirá triunfante  
Al altísimo olimpo fulgurante.



Esto cantó Miguel, mientras su vuelo  
Atónitos los astros suspendían,  
Y los áureos alcázares del cielo  
De más fúlgidas galas se vestían;  
Mientras, sintiendo su profundo duelo,  
Del Tártaro los antros remugían;  
Esta fué del amor la gran victoria,  
Esta la aurora de la humana gloria.

